

Los caminos de las bienaventuranzas

Todos los Santos
1 de noviembre de 1977
El Paisnal

Apocalipsis 7, 2-4.9-14
1 Juan 3, 1-3
Mateo 5, 1-12a

Yo he querido venir con mucha devoción, con mucho cariño, a esta celebración que se está realizando en la iglesia de El Paisnal. Fue una invitación, una iniciativa, de las queridas religiosas Oblatas al Sagrado Corazón que, en colaboración con valientes catequistas y asesoradas por la pastoral de la arquidiócesis, están manteniendo esta llama de la fe en este difícil ambiente de Aguilares, de El Paisnal y de todos los cantones. Mi presencia aquí quiere ser entonces un apoyo a esta pastoral, a esta hora heroica de quienes no se avergüenzan de la Iglesia en estas horas de prueba, como acaba de decir el Apocalipsis: “La gran tribulación”.

Quiere ser mi presencia de pastor, junto a las religiosas y a ustedes, queridos catequistas, casi como la presencia del padre Grande aquí muerto entre dos campesinos, Manuel y Nelson Rutilio. Aunque el padre Grande, don Manuel y Nelson ya terminaron su faena y ahora se unen a esa turba de los santos en el cielo para que nosotros contemplemos —pastor y fieles—, miremos a través de estas tumbas, no solo el Día de Difuntos, que se celebrará mañana, sino a los santos del cielo: la gran muchedumbre venida de la gran tribulación por los caminos de las bienaventuranzas que se acaban de proclamar en el Evangelio;

Ap 7, 14

para decirles, también, no solo a las hermanas y a los catequistas, sino a los fieles, sobre todo a aquellos que se encuentran un poco acobardados, miedosos, huyendo: que no tengan miedo, que vale la pena seguir estos caminos que no terminan en una tumba, sino que se abren al horizonte del cielo.

Y vengo, queridos hermanos, para decirles en este ambiente donde la persecución, el atropello, la grosería de unos hombres contra otros hombres ha marcado de sangre y de humillación, a decirles el lenguaje claro de la Iglesia. Que no se confunda este lenguaje, este mensaje de esperanza y de fe de la Iglesia con el lenguaje subversivo, con el lenguaje político de la mala ley, de los que pelean por el poder, de los que disputan las riquezas de la tierra, de los que hablan de liberaciones únicamente a ras de tierra olvidando las esperanzas del cielo, de los que han puesto sus ilusiones en sus haciendas, en sus haberes, en sus capitales, en su poder; para decirles a todos, hermanos, que el lenguaje de la Iglesia no hay que confundirlo con esas idolatrías, y que los idólatras y los que le sirven a los idólatras no tienen por qué temer este lenguaje nítido, limpio de corazón, claro, que la Iglesia predica.

Y ningún día me parece tan hermoso para decirles el lenguaje claro de la Iglesia que este día 1 de noviembre, Día de Todos los Santos. Y en vísperas del Día de los Difuntos, también recordarles el fin de la vida humana: todo se acaba y solamente queda la alegría de haber sido leal a la ley del Señor, de haber amado al prójimo, de haberse dado por el prójimo, dado en generosidad, en amor, en servicio y no haber aprovechado la vida para atropellar la dignidad y los derechos del hombre; sino para que a la hora en que nuestra muerte nos presente ante el tribunal de Dios, sepamos recibir de aquellos labios infalibles, divinos, un pase adelante: venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos porque fuisteis caritativos, porque no fuisteis groseros, porque todo lo que hiciste con uno de mis hermanos chiquitos a mí me lo hiciste. A mí me golpeaste cuando torturaste, a mí me mataste cuando hiciste aquel crimen. A mí también me serviste con amor cuando me defendías, cuando dabas tu cara por mí, cuando enseñabas el catecismo a los niños, cuando atendías a los enfermos, cuando dabas al necesitado por amor y te confundían pensando que hacías otra cosa. ¡A mí me servías!

Este es el lenguaje nítido de la Iglesia. No lo confundamos, por favor. Quisiera decirles, pues, hermanos, en este Día de los

Difuntos, el sublime lenguaje que nos está hablando hoy en esta tumba el padre Grande, don Manuel Solórzano y el niño Nelson Rutilio Lemus. ¿Qué lenguaje nos están hablando? El lenguaje de que todo termina, lo temporal termina en la tumba: lo temporal, pero es cuando comienza lo eterno; y que ya lo eterno se ha recogido también en lo temporal cuando en lo temporal, es decir en las cosas de la tierra, se tuvo presente que ya aquí en la tierra comienza un reino de los cielos. Y por eso, este Día de Todos los Santos, yo incorporo en esa tumba de bienaventurados del cielo a estos tres muertos y a nuestros queridos difuntos también, que en esta ola de persecución han muerto. Yo quiero recordar aquí al querido hermano, el padre Alfonso Navarro, a nuestros queridos catequistas, sería imposible enumerarlos, pero recordemos por ejemplo a Filomena Puertas, a Miguel Martínez, a tantos otros, queridos hermanos, que han trabajado, que han muerto y que en la hora de su dolor, de su agonía dolorosa, mientras los despellaban, mientras los torturaban y daban su vida, mientras eran ametrallados, subieron al cielo. ¡Y están allá victoriosos! ¿Quién ha vencido? Como la Biblia, podemos preguntar desde el cielo a nuestros mártires, a los que los mataron y siguen persiguiendo a los cristianos: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?”. La victoria es la de la fe. Han salido victoriosos los matados por la justicia.

1 Cor 15, 55

Y los vencidos, los humillados, los que ahora no dan su cara, son los que mataron. No los odiamos. Desde el altar pedimos a Dios: dales Señor el arrepentimiento, que vuelvan por los caminos de la piedad, que se den cuenta del horrendo crimen que cometen, para que sean un día también santos como bienaventurados del cielo. Porque, hermanos, el cristiano no odia. Yo me imagino al padre Grande y a los mártires de nuestra persecución, en el cielo, pidiendo mucho al Señor por sus verdugos, para que se conviertan y vengan un día a gozar esta alegría que da el haber sido fieles al Señor. No podemos imaginar al padre Grande —yo lo dije allá en su funeral en la catedral—, un padre Grande odiando, pidiendo venganza, azuzando a la violencia, como se le calumnió. El que lo conoció sabe que aquel corazón era imposible para estos sentimientos de odio que los vulgares asesinos se pueden imaginar, y lo imaginan en su corazón de sacerdote y de apóstol. Yo los incorporo a nuestros muertos no solo para que recemos por ellos pidiendo su eterno descanso, si-

no que en el día de los santos yo he dicho también, pensando en ellos, la plegaria que acabo de decir aquí en el altar: “Señor, que has juntado en una sola fiesta los méritos de todos los santos”, es decir, de todos los sacerdotes, cristianos, catequistas, martirizados, sufrientes del dolor y de la persecución, para darnos la alegría de celebrarlos en una turba innumerable allá en el cielo.

Y hermanos, en esta reflexión que estamos haciendo aquí en la querida iglesia de El Paisnal, convertida en una tumba muy querida, esta meditación nos lleva a pensar en el Evangelio que les acabo de leer: las bienaventuranzas. Son los caminos por donde caminan los verdaderos cristianos. Les he prometido hablarles aquí hoy, en este ambiente de confusión de Aguilares y de El Paisnal, en este ambiente de espionaje, de “orejas”, de informadores falsos, que comprendan el lenguaje nítido de la Iglesia. Se están dando cuenta que aquí no estoy yo azuzando a nadie a una revancha, a un odio, a una violencia. Han escuchado la lectura —que con voz clara acabo de hacerles— de los caminos que yo quisiera para todos los que caminan en esta tierra, en El Paisnal, en Aguilares: los caminos de las bienaventuranzas.

Estos son los caminos que predico, estos son los senderos por donde la Iglesia lleva a sus hijos, esto es lo que se enseña en nuestros guetos de reflexión, esto es lo que enseñan los catequistas en la celebración de la palabra, en la enseñanza del catecismo a los niños: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Si predicaran otra cosa que no son los caminos de la bienaventuranza, no serían católicos, no serían reuniones católicas. Pero que se den cuenta, hermanos, de los caminos por donde la Iglesia va enseñando a sus hijos. Aun cuando en sus opciones personales son libres de incorporarse a las agrupaciones que quieran; pero si quieren llevar su nombre cristiano a esas agrupaciones, tienen que llevar muy hondo en su corazón estos sentimientos de las bienaventuranzas.

Y esto es lo que hicieron el padre Grande y los compañeros que trabajaron en estas tierras. Enseñaron lo que acaba de decir el Papa en el sínodo de la catequesis y muchos obispos de Latinoamérica, que el catecismo que hay que enseñar hoy a nuestro pueblo no tiene que ser un catecismo que se olvida de los grandes problemas sociales en que viven los cristianos, que tiene que ser una catequesis que recuerde las dimensiones históricas, es decir, los compromisos de un cristiano que vive hoy y aquí, en estas

tierras tan problematizadas, y que verdaderos catequistas, como fueron estos jesuitas que pasaron por Aguilares, tienen que enseñar ese lenguaje del compromiso de la fe, tomando opciones también en la vida concreta de su pueblo, pero siempre como cristianos, nunca la violencia, nunca el odio, nunca otra cosa más que el Evangelio que se acaba de decir, por donde caminan los santos. Y santos los hay también en los grupos donde se lucha la liberación de nuestro pueblo. No todos, naturalmente, son santos. Hay muchos que predicen el odio y predicen la violencia y no creen en el camino del amor. Yo quisiera, si alguno de ellos me está oyendo, decirle que se convierta a los caminos cristianos.

Recuerdo muy bien, en el funeral del padre Grande citando yo los pensamientos de Pablo VI en su exhortación *Evangelii nuntiandi*, decir que estos —como el padre Grande— son los hombres que la Iglesia ofrece en colaboración con la liberación del mundo actual; que la Iglesia tiene que luchar por esta liberación de las esclavitudes y sobre todo del pecado, pero que esa liberación que la Iglesia predica lleva tres características que yo encontré en el padre Grande y en los liberadores también que, como el padre Grande, se incorporan a la lucha liberadora de nuestro pueblo: primero, una inspiración de fe; segundo, una inspiración de amor; y tercero, una doctrina social de la Iglesia puesta a la base de su prudencia y de su acción. Estas tres cosas hacen al hombre cristiano de hoy el verdadero liberador de su pueblo.

EN 38

Una inspiración de fe

Que su lucha se ilumine en una fe. ¿Y qué otra cosa es el Día de Todos los Santos? Una fe que nos abre el horizonte donde irán a dar los que luchan limpiamente, iluminados en la fe, para hacer un pueblo más digno, para liberar al hombre de las esclavitudes, del analfabetismo, del hambre, de la miseria en que vive la mayoría de nuestro pueblo. La Iglesia no puede ser indiferente a tanto dolor, a tanta injusticia; y ella lucha, pero con sus ojos puestos en la fe. Solo desde la bienaventuranza, desde la esperanza de ese cielo iluminado por la fe, los verdaderos liberadores cristianos colaborarán con el verdadero lenguaje de la Iglesia.

Ojalá, hermanos, no se dejen confundir con otras ideologías, con el ateísmo, con una lucha solamente de tierra, de ad-

Mt 5, 6

Mt 5, 5

uirir poderes políticos, sino con una lucha que pone sobre todo su esperanza en la gran recompensa que Cristo ha dicho hoy: bienaventurados los que sufren hambre por la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran el hambre, la pobreza, la miseria, la marginación, porque ellos se rán consolados.

Bienaventurados los liberadores que ponen su fuerza no en las armas, no en el secuestro, no en la violencia ni en el dinero, sino que saben que la liberación tiene que venir de Dios, que será la conjugación maravillosa del poder liberador de Dios y del esfuerzo cristiano de los hombres. Que se conviertan, que no adoren el ídolo de la riqueza, ni del poder político y por mantenerlo son capaces de hacer cualquier atropello. Que se conviertan para que unidos al trabajador, al pobre, pobres y ricos, patronos y obreros, dueños de fincas y trabajadores, todos construyamos ese mundo nuevo, ese cielo nuevo de esperanzas cristianas.

Una inspiración de amor

Y luego, hermanos, no solamente una luz de fe, sino una inspiración de amor. El verdadero liberador cristiano, el que gozará un día la patria del cielo, será aquel que lucha en la tierra con la potencia de la justicia, pero con inspiración del amor. No odia, no mata, no hace el mal, sino que ama y espera en el Dios, que es Dios de amor y que oye el clamor de su pueblo y a su hora también vendrá a dar ese amor que hace falta en el mundo. Suspiremos por ese amor, hermanos.

Desde la tumba del padre Grande elevemos al cielo una ple garia: Señor, envía amor a esta tierra. Tú que trajiste fuego para que ardiera en el corazón de los hombres, mira cuánto odio, mira cuánta frialdad, mira cuánto materialismo, cuánto egoísmo, cuánta envidia. Señor, que tu amor queme tanta basura en el corazón de los hombres y nos hagamos santos, porque la santidad que ahora celebramos, Día de Todos los Santos, es aquella que hizo el trabajo, cada uno en su propio deber, cada uno en su propia vocación —yo como obispo, otros como sacerdotes, como religiosas, como catequistas, como jornaleros, como trabajadores—, cada uno, pero realizando su tarea con amor: servir al prójimo por amor a Dios.

Una doctrina social de la Iglesia

Y también, además de esa inspiración de fe y esa inspiración de amor, conocer la doctrina social de la Iglesia. La arquidiócesis ha editado un folletito en el cual están contenidas las orientaciones sociales a la luz del magisterio de los pontífices, del Evangelio. Yo les encarezco, hermanos, sobre todo aquellos que se preocupan de los problemas sociales, estudien la doctrina social de la Iglesia, cómo la Iglesia sabe conjugar el respeto de los derechos y las exigencias también de los deberes.

He aquí, pues, la pauta para que en esta reflexión, nosotros salgamos —de esta peregrinación que hemos hecho a la tumba del padre Grande y de sus compañeros en el martirio— a celebrar el día de los muertos y el día de los santos. Porque desde esta tumba del padre Grande vamos a rezar, hermanos, por todos los sacerdotes muertos, por todos los religiosos y religiosas muertas, por todos los catequistas, por todos los cristianos, por todas nuestras familias que ya duermen el sueño de la paz. No vamos a visitar cementerios, pero desde la tumba de este símbolo de los muertos, el padre Grande y sus dos compañeros de asesinato, vamos a rezar por todos los muertos. Lo estamos haciendo ya. Y pensando en nuestros muertos, los pensamos santos. Y mientras tanto, nosotros queremos también ser santos con la santa inquietud de la liberación cristiana. ¡Santifiquémonos!

Ahora, hermanos, no se santifica nadie si no entra en estas exigencias del Evangelio a la hora actual. Por eso, no teman los conservadores, sobre todo aquellos que no quisieran que se hablara de la cuestión social, de los temas espinosos, que hoy necesita el mundo. No teman que los que hablamos de estas cosas nos hayamos hecho comunistas o subversivos. No somos más que cristianos, sacándole al Evangelio las consecuencias que hoy, en esta hora, necesita la humanidad, nuestro pueblo. Y por aquí se camina, por la pobreza de espíritu, por la lucha por la justicia, por los sembradores de paz. Los caminos de las bienaventuranzas están hoy en caminos muy peligrosos y por eso son pocos los que los quieren caminar. No tengamos miedo. Sigamos este caminar que nos llevará a ser un día difuntos, para que recen por nosotros, pero también santos en el cielo, participantes de la gloria de Cristo resucitado.

Celebremos esta eucaristía, hermanos. La iglesita de El Paísnal está convertida esta mañana en una catedral, porque la catedral es donde el obispo, centro de la unidad de toda la diócesis, eleva la hostia y el cáliz que es Cristo, en señal de unidad de todo un pueblo, toda la arquidiócesis, al Señor, para pedirle a Dios que a cambio de este sacrificio de Cristo en el altar, al que se unen los sacrificios de todos los que trabajan por el reino de Dios, nos bendiga, nos haga santos, con esa santidad moderna de los cristianos comprometidos con la hora actual. Que de aquí salgamos, pues, hermanos, más animosos y que aquellos que todavía no se han acercado —tal vez a través de la radio les llega esta voz— sepan que desde la tumba del padre Grande ha salido un grito de la arquidiócesis: ¡cristianos, valor! No importan las horas difíciles, porque también para nosotros, si somos fieles, se oirá la voz del Apocalipsis, que se acaba de cantar como liturgia de la palabra: “Estos son los que vinieron de la gran tribulación y ahora gozan la alegría de los elegidos del Padre”. Así sea.

Ap 7, 14-15